

José M. Sala

Dos Cuervos No Se Sacan Los Ojos

Equipo CEDCS
info@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 19/11/2020
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

DOS ENSAYOS NARRATIVOS SOBRE EL MEDITERRÁNEO CLÁSICO Y ALGUNOS DE SUS PROTAGONISTAS MÁS DESTACADOS. EN ESTE CASO, ANDREA DORIA, JAIEDÍN BARBARROJA Y TURGUT REIS (DRAGUT), ASÍ COMO JUAN DE VERGARA Y EL DOCTOR ROMERO

José María Sala nos envía dos relatos basados en documentos originales de la época y con especial cuidado para ceñirse a unos hechos que se pueden juzgar próximos a la realidad del momento, al aparecer narrados en lo que podríamos llamar literatura de la información. Dentro de la parcialidad o imparcialidad de un punto de vista del narrador original, hay una serie de hechos objetivos que se desprenden de esa literatura y que los historiadores intentaron siempre identificar y fijar; lo que un día se quiso sacralizar de alguna manera: los acontecimientos, los hechos. Cuándo fue eso y cómo fue, quién hizo qué y a qué dio lugar, etc. La sucesión de causas y efectos en la historia, tanto con la minúscula de la vida cotidiana como con la mayúscula del Historiador autor, que tanto gustaba a la historiografía positivista decimonónica, en donde se debatió todo esto con pasión.

Dentro del proyecto global de esta plataforma del Archivo de la frontera, está precisamente facilitar esa reflexión sobre el pasado común, comenzando por el pasado mediterráneo: no por nada en especial, sino porque sobre él tenemos tanta literatura clásica, tan abundante, que apabulla al investigador, al curioso o al lector sin más. Y la tenemos muy a mano y accesible, además de que aún es legible con muchas claves interpretativas no demasiado extrañas para nuestra cultura actual global. Una documentación abundantísima y que nos narra a nosotros mismos, con perspectiva, de una manera que a veces emociona por explicarnos con una mirada primigenia y reconocible, que nos dice mucho más, incluso, de lo que tal vez pretendía decir. Unos hechos, con sus causas y sus efectos reconocibles, que muchos veces pueden ayudarnos a rectificar las trampas narrativas más elaboradas que con perfiles partidistas, nacionalistas y confesionales se intentaron hacer pasar como objetivas y así se pretendieron imponer.

Por ello, el “volver a las fuentes”, que en el inicio de la modernidad significó una verdadera revolución intelectual que hoy denominamos el Humanismo, con mayúscula, parece que puede resultar más necesario que nunca, dado el sesgo preocupante que están tomando los discursos interesados tanto de políticos mediocres como de falsos maestros e intelectuales de boquilla que se quedan en meros tertulianos o superficiales politólogos. Volver a las fuentes, volver a narrar, volver a pensar y a interpretar con nuevas perspectivas y con la vista puesta en una nueva realidad social y política en la que unos y otros se reconozcan sin trampas ni cartón, sin mistificaciones ni falsedades. Como en aquella revolución del Humanismo, de la modernidad, destrozando los argumentos de autoridad heredados y ensayar una nueva narración, ese nuevo relato que hoy parece estar en boca de todos.

Parece complicado, pero es muy sencillo. Tan sencillo como esta operación primera y elemental que lleva a cabo José María Sala aquí: leer unos documentos clásicos y elaborar una aproximación narrativa sencillita a lo que esos documentos cuentan. Y ver

qué pasa. Sé que este experimento gustará mucho a los colegas de Cine Corsario preocupados por las simplificaciones necesarias para convertir en guion audiovisual un entramado narrativo complejo como el que se desprende de la documentación histórica tradicional que manejamos con prioridad en esta plataforma del Archivo de la frontera. Antes de teorizar sobre algo creemos que hay que saber narrarlo muy bien y con claridad, hacerlo accesible para luego poder pensar sobre ello. O algo así, tampoco pretendo ni pretendemos perdernos en el “discurso”, pues de momento hay que conformarse con el “aviso”.

De ahí que a mí se me antoja este ensayo narrativo de J.M. Sala casi un aviso más, al ceñirse tan sobria y escuetamente a esa “literatura de la información” o “literatura de avisos” que en esta plataforma del Archivo de la frontera consideramos también “literatura de la frontera”. Literatura fronteriza, en fin, sin el engolamiento de algunas pretenciosas novelas históricas que quieren hacerse pasar por la historia misma, ni las simplificaciones o trampas de literaturas militantes partidistas, nacionalistas o confesionales. Un ensayo narrativo, pues, con el añadido de audiovisualizable. Desde el Archivo de la frontera, un gran elogio, pues. De gran interés tanto para la docencia como para la investigación misma y para la divulgación de esa investigación, sin la cual todo se quedaría en nada.

Enhorabuena, pues a José Manuel Sala, y ánimo con el ensayo narrativo. Merece la pena insistir en esta línea de experimentación con la narrativa que tiene categoría de línea de investigación, tanto como nuestros versiculados y actualizaciones de todo tipo.

En el relato que sigue, “Dos cuervos no se sacan los ojos”, J.M. Sala se basa en algún documento de la serie “Especial Dragut” que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/archivos/especial-dragut-1545-1551-presentacion-de-nuevo-mini-repertorio-documental-con-la-figura-de-dragut-arraez-turgut-reis-como-protagonista-principal/>

Finalmente, consideramos este relato como una primera participación al concurso narrativo que preparamos en la plataforma del Archivo de la frontera, y que en su día anunciaremos con mayores precisiones.

Emilio Sola,
encierro asturiano de Arriondas
en tiempo de pandemia,
19 de noviembre de 2020



Dos Cuervos No Se Sacan Los Ojos

Génova, Palacio de Fassolo. 1544



El hombre del turbante blanco desembarcó en el muelle privado de los Doria, y comenzó a recorrer sin prisa el camino que cruzaba los jardines. La noche era serena, y el perfume de los galanes de noche flotaba como una nube de incienso. Al paso del hombre de oriente, parecía como si las hojas de los árboles y las fuentes susurrasen, figoneando sobre qué negocio traía a un hombre así hasta Génova. Al final del camino aguardaba la casa, tensa, en silencio, como si contuviera la respiración. Y bajo los soportales de la casa: una reducida comitiva de rostros taciturnos.

—Tenéis buen gusto, príncipe Doria —dijo el hombre del turbante—. Un jardín muy bonito. Creo haber adivinado vuestro rostro esculpido en la estatua de Neptuno: muy apropiado me parece.

—Gracias —contestó Andrea Doria con un rostro que no reflejaba agradecimiento—. Os puedo facilitar las señas del arquitecto, si gustáis.

—¡Pues, tal vez os lo pida! —dijo Barbarroja con desenfado—. ¿Sabéis que yo también me estoy construyendo un palacio? Pero el mío está a las orillas del Bósforo, claro. He pensado que será mi lugar de retiro.

—Sin duda disfrutareis de un retiro apacible, aunque más apacible hubiera sido de aceptar la propuesta del Emperador (que tantas veces platicamos en el pasado). Ahora seríais rey de Berbería, y vuestro hijo, Hasán, el heredero de tan fastuoso reino.

Barbarroja sonrió y miró a su interlocutor con simpatía.

—Credme si os digo que he soñado fervientemente con ese trono: ¡El viejo Barbarroja convertido en todo un rey! ¡Amo y señor de las tierras de Berbería y sus gentes! ¡Fundador de su propia dinastía! Ni más, ni menos. Pero ¿Por cuánto tiempo hubiera podido durar ese sueño regio? ¿Rodeado por un lado por el Imperio Habsburgo y, por el otro, por el Otomano, cuánto tiempo tardaría alguno de estos dos formidables imperios en aplastarme? Unos desconfiarían de mi por ser lo que soy: un corsario y un infiel; y los otros me odiarían por haberles traicionado. Y eso sin contar con las necesidades propias de mi pueblo: el norte de África no es una tierra próspera y fértil como vuestro jardín ¿sabéis? En Berbería los hombres viven del corso por necesidad. Es su destreza para asaltar las naves y costas lo que los sustenta. Si yo

les prohibiera salir en corso se morirían de hambre y desesperación, y, más temprano que tarde, mi cabeza y mi corona acabarían clavadas en una pica.

» Así que como veis, mi buen príncipe, ese sueño nunca tuvo visos de hacerse realidad. Mi retiro estará en Levante, en Constantinopla; y pasaré a la historia por ser lo que soy: un simple corsario que ha servido a Allah y a su señor como mejor ha sabido.

Los campeones de los imperios del Mediterráneo entraron al interior del Palacio de Fassolo. En el centro de la sala había una mesa larga, desnuda, sin decoración, ni alimentos. A su alrededor, aguardaba ya un reducido grupo de soldados genoveses y turco-argelinos: los hombres de confianza de los señores del Mediterráneo. Se había dado permiso a los criados del palacio, cuantos menos testigos para ver lo que iba a acontecer, mejor. Entre los presentes se encontraba el joven sobrino de Andrea Doria: Gianettinno, el héroe de Girolata, captor de Dragut Reis. Su rostro dejaba a las claras la aversión que le producía el trato que estaba a punto de fraguarse.

En eso, uno de los acompañantes de Barbarroja depositó un cofre sobre la mesa, y Barbarroja hizo un gesto a los genoveses invitándoles a comprobar su contenido. Gianettinno abrió el cofre, e hizo un gesto de aprobación a su tío, Andrea.

—Ahí tenéis —dijo Barbarroja— los 3.000 ducados. Todo según lo acordado.

—Bien —respondió el príncipe de Melfi—, pero eso no es todo lo acordado. ¿Habéis firmado el documento que os hice llegar?

Barbarroja lanzó a su interlocutor una sonrisa atravesada y dijo:

—¿Es que acaso no os fiais de mi palabra?

—¡Por supuesto que no! —saltó Gianettinno iracundo— ¿Qué valor tiene la palabra de un infiel y de un...? —Gianettinno dejó la frase sin acabar al ver la mano alzaba de su tío.

El príncipe de Melfi miraba a su sobrino con mirada gélida. Una mirada que parecía decir: «No has aprendido nada».

—Decidlo, joven —replicó Barbarroja—, ibais a decir: «la palabra de un pirata». Pero recordad que este pirata no ha traído ningún documento firmado, pero sí una armada de más de cien galeras capaz de convertir vuestra querida Génova en una nueva Niza. Sólo es menester una orden mía para que arda Génova.

Los genoveses intercambiaron miradas de preocupación. De todos era conocido el aciago destino corrido por la ciudad de Niza el verano pasado, cuando franceses por tierra y turcos por mar, habían asaltado la ciudad a sangre y fuego. Niza había sido saqueada sin compasión, y miles de nizardos habían sido cautivados y enviados a los mercados de esclavos de Berbería. Sólo la fortaleza de la ciudad pudo resistir hasta la llegada del rescate del ejército imperial, comandado por el Marqués del Vasto. Según se contaba, Caterina Segurana, una simple lavandera nizarda, había conseguido capturar una bandera turca, e, izándola en alto, había desafiado en solitario a las huestes de Barbarroja. Aquel acto de heroísmo —hecho por una mujer— consiguió renovar la moral de los defensores, y les dio fuerzas para resistir hasta la llegada de las tropas imperiales.

Fuera como fuese, Andrea Doria no estaba dispuesto a que Génova y su pueblo corrieran un destino parecido al de Niza. El almirante genovés había conseguido llegar a un acuerdo con el corsario para que se llevase su armada a otra parte. A cambio debería entregar a Barbarroja una de sus más preciadas posesiones. No le agradaba hacerlo, pero ahora lo importante era salvar Génova.

—Disculpad —intervino Andrea con tono conciliador— el apasionamiento de mi sobrino. Es todavía joven y se deja llevar por los calores propios de su edad... —las palabras de Andrea hicieron ruborizar a su sobrino. La rabia corría por las venas de Gianettino, pero cerró los puños y guardó silencio.

El almirante genovés continuó:

—Con vuestra palabra (la palabra del *Kadupan Pachá* del Magnífico, Solimán) es más que suficiente. Así las cosas: ¿Me juráis que mantendréis alejada vuestra armada de Génova, y que daréis un trato justo (lejos del remo y la cadena) a los miembros de mi familia, si algún día cayeran en vuestras manos?

—Lo juro por mi vida. Y que Allah me confunda y me pierda si miento —contestó Barbarroja en un tono que a algunos sonó poco convincente.

—Bien —respondió Andrea con resignación. Y añadió dirigiéndose a sus hombres—: Traed al prisionero.

Dos hombres desaparecieron por una puerta.

Repentinamente Andrea Doria aparentó ser más viejo y estar más cansado que al comienzo de la reunión.

—Mi buen príncipe de Melfi —dijo Barbarroja a su anfitrión mientras aguardaban—, no os consternéis. ¿Cómo era aquel refrán español? Ah, sí: «Dos cuervos no se sacan los ojos». Hombres como vos y como yo estamos llamados a entendernos para sobrevivir a nuestros señores. Mientras nuestras galeras sigan en pie, fuertes, flameantes, navegando por los mares, ¿qué más da lo que sea de los caprichos de príncipes, reyes o sultanes?

Andrea guardó silencio, dejando aquella pregunta en suspenso para los siglos venideros.

A los pocos minutos volvieron los hombres de Andrea Doria. Con ellos venía un tercer hombre: Dragut Reis. El corsario había pasado cuatro años cautivo en Génova, pero no se le veía tan mal aspecto como cabría esperar: bien vestido, bien nutrido e, incluso, bien afeitado.

El maestro de corsarios y su pupilo se miraron, y sonrieron.

Salieron del palacio de Fassolo sin mirar atrás, dejando a los genoveses con la incertidumbre de si habían hecho bien al liberar a aquel hombre y, deseando no tener que arrepentirse algún día.

De camino al muelle donde les esperaba un barco, Dragut dijo a su rescatador:

—Has tardado mucho en venir.

—Me demoré por el camino —respondió con sorna Barbarroja.

—¿Cuatro años?

—¿Acaso lo has pasado mal?

—En verdad no. Las genovesas son tan bellas como hospitalarias.

—¡Ja, ja! —los corsarios rieron.

Estaban felices por el reencuentro, por volver a navegar juntos, por continuar perpetuando sus leyendas. Barbarroja no lo admitiría, pero en verdad había añorado mucho a su arráez. Las palabras no eran necesarias entre aquellos dos amigos, que tantas aventuras y desventuras habían compartido a lo largo de toda una vida en el mar.

—Mira, aquí la tienes. —dijo Barbarroja.

Y mostró a Dragut la espléndida galera en la que había viajado hasta Génova para rescatarle. A una señal de Barbarroja, los marinos desarbolaron la insignia del *Kadupan Pachá*, e izaron la insignia roja y blanca con media luna azul de Dragut.

—¿Es mía?

—Digamos —respondió Barbarroja— que es mi regalo de bienvenida. Y, como ésta, tendrás otras diez, con sus tripulaciones y remeros. Para que inflijas todo el daño posible a los enemigos de Allah.

Dragut Reis observó el barco satisfecho: una galera capitana de fanal, con veintiocho bancos de boga, y hecha de magnífica madera de fresno. Sólo con verla, el ojo plástico marinero de Dragut adivinó que era una nave muy velera.

El arráez sonrió satisfecho, y subió a bordo de su nueva galera.

Los hombres de cabo y guerra le aguardaban en formación, y, cuando vieron a su nuevo arráez, rugieron al unísono: «*Yaşasın İslam kılıcı!*¹»

La espada desnuda del Islam volvía al Mediterráneo, y lo hacía más afilada e implacable que nunca.

* * *

Por José M. Sala
16 de noviembre de 2021

¹ Larga vida a la espada del Islam.